ria, su generación eterna y sus irradiaciones sobre las almas, para quienes es verdadera luz. Entonces quedó enajenado, sintiendo con más viveza las mismas emociones que experimentara á los diecisiete años, cuando leía el *Hortensio* de Cicerón; pues su alma se había purificado ya de la sensualidad y, además el lenguaje de Platón es más elevado y arrebatador que el de Cicerón. «Entré en mí mismo, dice, me recon»centré, y al instante brilló sobre mi enten»dimiento y sobre todas mis facultades una luz »incomparable: no era la vulgar que todo el »mundo ve, ni tampoco otra que siendo de su »misma especie, se distinguiera por la mayor »claridad; sino una luz enteramente distinta, »y de naturaleza muy diversa. El que conoce la »verdad, conoce esta soberana luz; y el que la »conoce, conoce la eternidad. Sólo la caridad pue»de ver esta luz (1).»

«¡Oh eterna verdad! exclama conmovido al »sentir en sí este principio de luz. ¡Oh verda-

(1) «Non hanc vulgarem et conspicuam omni carni: nec quasi ex eodem genere grandior erat, tanquam si ista multo multoque clarius claresceret, totumque occuparet magnitudine. Non hoc illa erat, sed aliud, aliud valdè ab istis omnibus. Qui novit veritatem, novit eam: et qui novit eam, novit æternitatem. Charitas novit eam.» (*Confes.*, lib. VI, cap. X.)

»dera caridad y amada eternidad! ¡Por Vos, Dios »mío, suspiro día y noche!»

«Pero, ¡ay de mí! prosigue humildemente, »cuando quise elevarme hasta Vos, ¡oh Dios mío! »comprendí luego que era muchísimo lo que »me restaba ver, y, sobre todo, que aún no »estaba dispuesto para verlo. La luz sobre estos »dos puntos era tan penetrante y viva, que »temblaba de deseo y de terror; y hallándo»me tan lejos de Vos, allá en los tristes subte»rráneos adonde mis pecados me habían confi»nado, el desaliento se habría apoderado de mí, »si no hubiese oído vuestra voz que decía: *Yo »soy el alimento de los grandes y robustos: cre»ce y entonces me comerás. Pero no me con»vertirás en substancia tuya, como sucede con »los manjares de que se alimenta el cuerpo, »sino al contrario, tú te mudarás en mí.*»

Poco después, hallándose su corazón agitado por nuevas ansiedades, oyó la misma voz que le decía también con singular autoridad: «*Yo soy el que existo.*» «Al oirla, prosigue, no ya con »mis oídos sino con mi corazón, todas las dudas »desaparecieron cual humo, y desde aquel mo»mento, antes habría dudado de mí y de mi »existencia, que de la verdad (1).»

(1) «Et audivi sicut auditur in corde, et non erat

En tan sorprendente ejemplo se ve, cómo la verdad nace en las almas. Después de haberla buscado durante largo tiempo, de haber leído muchos libros y haber discutido consigo y con los demás, de repente, en pos de un sacrificio y sin que los hombres tomen parte, las objeciones desaparecen, las nubes se disipan y la verdad se posesiona del alma. Su presencia se manifiesta por una infusión de paz y de luz tal, que si hasta entonces ha podido dudarse, recibida esta luz, es imposible volver á la duda; y dáse á conocer también porque, si la luz y la paz vienen tras espesas tinieblas y crueles vacilaciones, producen un dichoso bienestar que nunca desaparece.

Pero por muy viva que fuere esta iluminación, era á no dudarlo insuficiente, ya que, si puede hablarse así, alumbraba sólo un lado de la fisonomía de Jesucristo. Leyendo Agustín las obras de Platón, había como vislumbrado la espiritualidad de Dios y la existencia de su Verbo; pero, como hemos dicho hace poco, no había visto ni el amor, ni las humillaciones del Verbo Encarnado. Habíase elevado hasta la idea de un Dios invisible, glorioso y distinto de la

---

prorsus unde dubitarem; faciliusque dubitarem vivere me, quam non esse veritatem.» (*Confes.*, lib. VII, capítulo X.)

creación; había también descubierto á través de los vivísimos fulgores de la naturaleza divina, algo de esta misma naturaleza, y una luz, salida de otra luz é igual á ella: grandes intuiciones sin duda, y tan grandes, que no es posible dejar de preguntarse, si el talento humano ha podido llegar á tanto, ó si son más bien un eco de las tradiciones antiguas, fielmente reproducido en la bella alma de Platón. Pero un Dios pobre, un Dios humillado, un Dios rebajado hasta el hombre y por el hombre; un Dios amante de él hasta la pasión, hasta la locura y hasta sufrir y morir por el hombre; ¡ah! esto ni Platón, ni Sócrates ni Cicerón, ni Virgilio pudieron, no ya comprenderlo, pero ni siquiera sospecharlo: tales cosas sólo pudieron concebirse por el corazón que ha sido capaz de realizarlas; y era preciso que, á fin de elevar el espíritu y, sobre todo, el corazón de Agustín á tan sublimes verdades, viniera en su ayuda otro que fuese más grande y más santo que Platón.

Guiado invisiblemente por la mano misericordiosa que le protegía, Agustín abrió las Epístolas de San Pablo; pero no sin temblar, y sin haber experimentado antes singular agitación y repugnancia, como presintiendo los sacrificios que esta lectura iba á imponerle. «Sen»tíame movido fuertemente, dice, á volver los

»ojos hacia esa religión santa que tan hondamente »se grabó en mi corazón cuando era niño; pero »vacilaba, no podía acabar de decidirme, y sin »embargo, una fuerza desconocida me arrastraba »hasta que, cruelmente atormentado por la in»certidumbre, y con voluntad ó sin ella, tomé en »mis manos inquietas y como trémulas, el libro »de las Epístolas de San Pablo (1).»

Allí esperaba Dios á Agustín. «El más gran»de entre los Doctores, dice Flechier, debía ser »conquistado por el mayor de los Apóstoles.» San Pablo es el teólogo del Verbo Encarnado, y él sólo llevaría este título si San Juan no existiera; pero, cosa singular, el que reposara sobre el pecho del Salvador gozando de sus intimidades y ternuras acá en la tierra, ha cantado especialmente las sublimidades del Verbo; y el que sobre el camino de Damasco, y más tarde en los arrobamientos al tercer cielo, fué, según su enérgica expresión, oprimido de gloria, ha referido principalmente las humillaciones. Perseguidor de Cristo antes de ser su discípulo, y hombre

(1) «Respexi tantum, confiteor, quasi de itinere, in illam religionem quæ pueris nobis insita est, et me medullitus implicata: verum autem ipsa me ad se nescientem rapiebat. Itaque titubans, properans, hæsitans, arripio Apostolum Paulum.» (*Contra Acad.*, lib. II, número 5.)

del mal antes de llegar á ser Apóstol, San Pablo ha derramado sobre los misterios de la caída del hombre, de la Encarnación del Verbo y de la redención del mundo, una luz tan intensa que deslumbra, y ha usado un lenguaje tan enérgico, que causa como vértigo al alma no acostumbrada: así que, cuando á fuerza de leer, se va habituando á su frase sublime, y á la vez sencilla, produce una admiración que es difícil dominar. Nadie supera á San Pablo, ni David, ni Isaías, ni aun San Juan mismo; pues como sintió tan duramente la caída del hombre, llegando á estar lleno de furor contra los cristianos y á ser abatido por el mismo Dios, ninguno habló tampoco con tanta viveza de la necesidad de la redención, por las humillaciones, los sufrimientos y la muerte de Jesucristo.

Al recorrer Agustín las primeras líneas de este libro, se llenó de pasmo, y si, leyendo á Platón, se había conmovido profundamente, experimentó aquí una agitación de que no tenía la menor idea. «¡Oh si supieses, escribía á Roma»niano, qué especie de luz se me apareció de re»pente! Habría querido la conocieses, no so»lamente tú, que hace mucho tiempo vienes »deseando despejar esta incógnita, sino tu mis»mo enemigo; ese enemigo encarnizado que te »lleva á los tribunales para quitarte los bienes.

»Ciertamente que si él la viese como yo la veo, »todo lo abandonaría, jardines, casas, banquetes, »todo, en fin, cuanto le seduce; y piadosa y dul»cemente enamorado, correría en pos de tanta »hermosura (1).»

Pero todo esto no fué más que el primer golpe de vista; el segundo fué todavía mucho más transcendental. Agustín vió descorrerse el velo de un gran misterio que no conocía, y que Platón mismo ignoraba, por lo cual no pudo enseñarle el camino de la virtud; misterio que los maniqueos habían tratado de explicar, aunque en vano, por la doctrina de los dos principios, y que sólo San Pablo enseñaba con claridad deslumbradora. Vió que el hombre no se hallaba ya como Dios le formó: que había sido creado santo, inocente, lleno de luz é inteligencia, y que estaba destinado á ver la majestad de Dios, pero que el hombre no pudo gozar de tanta gloria sin caer en la presunción; que quiso hacerse centro de todo é independiente de Dios; que fué abandonado y apartado del Señor, viniendo á un estado tal de ceguera y corrupción tal, que el pecado habita en él; y por fin que en el hombre hay una criatura miserable, odiosa, enemiga de la verdad, incapaz de virtud y apasionada del mal;

(1) *Contra Acad.*, lib. II, núm. 6.

«el hombre del pecado» «el hombre viejo», como dice San Pablo; expresiones bizarras que envuelven profunda tristeza, es verdad, pero que entrañan también una enseñanza sublime, al indicar que no era éste el hombre criado por Dios, sino otro muy diferente.

Todo lo dicho aprendió luego, y continuando su lectura veía que para vencer al hombre, mezcla abominable de concupiscencia y de rebelión, el *Verbo se ha hecho carne;* que este mismo Verbo ha vivido en la humildad, en la obediencia y en el sacrificio, y que se ha rebajado tanto, á fin de exaltar al hombre que se enorgulleció. El misterio de la Encarnación y de la Redención se desarrollan entonces ante sus ojos, quedando extático de admiración; y conociendo que había recorrido los espacios creados, que no se hallaba tampoco en la región de las concepciones humanas, y que tocaba ya á ese punto sublime donde el hombre desaparece y se manifiesta Dios, Agustín se arrodilla deslumbrado y conmovido.

«¡Ah! decía, ¡qué diferencia entre los escri»tos de los filósofos y los inspirados por Dios! »Lo bueno que se encuentra en aquéllos, se en»cuentra también en éstos, dándonos además el »conocimiento de vuestra divina gracia, para »que no sólo no se gloríe quien tenga la dicha de

»conoceros, sino que, ayudado por ella, se cure, »se robustezca y llegue hasta Vos.

»Además ¿qué saben los grandes filósofos de »esta ley del pecado encarnada en nuestros miem»bros, que combate la ley del espíritu y nos »arrastra hacia el mal? ¿Qué saben, sobre todo, »de la gracia de Jesucristo, víctima inocente, »cuya sangre ha borrado el decreto de nuestra »condenación? Acerca de esto sus libros son mu»dos, no dicen una palabra.

»En ellos ni se aprende el secreto de la pie»dad cristiana, ni las lágrimas de la confesión, »ni el sacrificio de un corazón contrito y humi»llado, y mucho menos aún la gracia de ese cá»liz santísimo, que encierra el precio de nuestra »redención.

»No se lee tampoco este canto del Salmista: »*¿No será justo que mi alma sirva y obedezca* »*Dios, pues de su divina mano ha de venir mi* »*salud? Él es mi Dios y mi Salvador, Él mi* »*firme apoyo, de quien cosa ninguna me apar*»*tará jamás.* Tampoco se oye allí la voz de Je»sucristo que nos llama y dice: *Venid á mí los* »*que estáis cargados de trabajos, y yo os con*»*solaré;* porque estos sabios se desdeñan de »aprender, que *el Verbo bajado á la tierra es* »*manso y humilde de corazón.* Doctrina subli»me y misterios divinos, *que Vos habéis ocultado*

»*á los sabios y prudentes del mundo, y reve*»*láis á los humildes y pequeñuelos* (1).»

He aquí las verdades que penetraban el alma de Agustín, mientras leía al que se llama á sí mismo *el menor de los Apóstoles,* verdades que le dejaron atónito á vista de tantas maravillas.

«¡Oh! decía cerrando el libro, ¡qué diferen»cia entre percibir de lejos y sobre alta roca la »ciudad de la paz, sin encontrar un sendero que »lleve á ella, y hallar este camino y un guía »además, que os dirija y defienda contra el latro»cinio de los que quieran deteneros (2)!»

En pocas palabras: resulta que las últimas sombras desaparecían del alma de Agustín, que el calor volvía á su helado corazón; que la ternura renacía con la luz, y que, descubriendo las riberas de la patria, largo tiempo ocultas á sus ojos por la bruma, era fácil prever que las abordaría bien pronto arrepentido y triunfante.

---

(1) *Confes.,* lib. VII, cap. XXI.
(2) *Confes.,* lib. VII, cap. XXI.